

El Museo del Hombre: un museo militante en París

Óscar Navajas Corral
oscar.navajas@uah.es

«No creo en el objeto en sí, sino tan solo como testigo del hombre. Vivo para enlazar los objetos en un sistema de expresión; hay que unirlos a la naturaleza, a la vida del hombre» (G.H. Rivière: 1989, 9).

Los museos son laboratorios (Rivière, 1989). Los museos son espacios para la educación popular (Chiva, 1985, 1987). Los museos son lugares para la transformación social y para generar una museología combativa (Mayrand, 2002; Varine-Bohan, 2005). Los museos son sitios para el anonimato, para conocerse y reconocerse. Sin embargo, la concepción social de estas instituciones es que la mayoría de los museos se dedican únicamente a coleccionar, a realizar exposiciones de objetos en vitrinas destinados al deleite, a organizar actividades reservadas fundamentalmente al público escolar y, en raras ocasiones, vincular el pasado (la colección) y el presente (la actualidad). No obstante, esta sensación social —y todo hay que decirlo, personal— que permanece latente y acecha sobre los templos de las musas creo que ya ha dejado, o debería haber dejado, de tener sentido, o al menos en lo que respecta a algunos museos, como es el caso del Museo del Hombre de París.

En 1937 Paul Rivet (1876-1958), etnólogo francés y médico de formación, fundó en París el *Musée de l'Homme*. Rivet quería crear un museo que fuera únicamente un lugar que contase la evolución del ser humano de forma cronológica y taylorista, sin que se convirtiese en un observatorio de las culturas denominadas primitivas, oprimidas o colonizadas, sino que deseaba crear una institución educativa para la población.

“En 1936, Rivet definía así el Museo del Hombre: Será el primer museo de Francia puesto realmente a disposición de la población, ya que estará abierto por la noche, es decir, en las horas en las que los trabajadores, intelectuales y manuales, estén liberados de sus obligaciones profesionales” (Rosse, 1999: 105)♦.

♦ Traducción propia del francés.

Rivet se había encargado de reorganizar el Museo de Etnografía del Trocadero desde la década de los años veinte del pasado siglo, y se había consolidado como uno de los padres de la etnografía y la etnología modernas, iniciando los estudios comparados basados en el lenguaje y en la cultura material. Gracias a la Exposición Internacional de París de 1937, consiguió emprender el nuevo proyecto, ese museo que se convertiría en un laboratorio para la ciencia y para la sociedad. Y es justo en ese momento cuando comienza una de las etapas más fructíferas para la museología, al menos desde el punto de vista conceptual y, al mismo tiempo, un calvario para la institución que marcaría dicho cambio.

El Museo del Hombre se pensó desde el primer momento como un “museo absolutamente revolucionario para su tiempo y que pretendía ser una máquina de guerra contra las ideas prevalentes sobre el primitivismo de las poblaciones exóticas, contra su inferioridad, al tiempo que se proponía desmontar el racismo y sus prejuicios” (Laurière, 2008: 458), es decir, “un bastión antirracista” (Rosse, 1999: 104). Cuando uno lee y analiza los diferentes programas que fueron gestando y dando forma al museo, así como los que fueron germinando de él, se es consciente de la “deuda” que tiene la museología contemporánea con esta institución y sus responsables.

La primera de las premisas que se tuvo fue la de constituirlo como un museo-laboratorio, eliminando las connotaciones pasivas y vetustas que arreciaban sobre las instituciones museológicas finiseculares, y apostando por un museo que fuese más allá de sus muros, que estuviera inmerso en su sociedad. Para lograr esto, el proyecto se elaboró desde la interdisciplinariedad, creando un entorno en el que la cultura (material) fuese explicada en su relación con el medio en el que se había creado. Al mismo tiempo, y quizás más interesante, sea el empeño que puso el propio Rivet en hacer el museo “accesible” a toda la población. En este sentido, su visión no se limitaba a realizar una programación de actividades educativas o de exposiciones, sino en una revisión de los planteamientos y guiones museográficos y de la participación de la sociedad en el propio museo. El objetivo era conseguir que cada individuo de la sociedad sintiese el museo como suyo, que pudiese

comprender la evolución del ser humano y entender o reflexionar sobre su contemporaneidad.

Es fácil ver en esta pequeña descripción del proyecto gran parte de los postulados de la museología contemporánea posterior, como son sobre todo el énfasis en las funciones de difusión y comunicación, pero también otras dos influencias. Por un lado, la de su colaborador, Georges Henri Rivière, con el que desarrollaría el museo fuera de sus muros, intentando fusionar en una misma línea entorno natural, cultura material y sociedad. No es de extrañar que años más tarde Rivière (junto con Hugues de Varine-Bohan) desarrollase en Francia una política de museos al aire libre asociados a los parques regionales, y que surgieran, así, los primeros ecomuseos. Por otro lado, las experiencias que comenzaban a desarrollarse, tanto en los museos al aire libre y etnográficos de los países escandinavos, como las que llegaban de los parques naturales estadounidenses, fueron cruciales para una propuesta museográfica más didáctica e interactiva, rompiendo las ataduras con el fetichismo al objeto consagrado a la vitrina impertérrita.

Pero, como he mencionado más arriba, con el nacimiento del museo también llegó un calvario. Desde que Rivet tomase el rumbo de separar el Museo Etnográfico del Trocadero en el Museo de Artes y Tradiciones Populares y el Museo del Hombre, el recorrido de ambos museos ha sido tortuoso. El primero no llegó a ver la luz definitiva hasta 1972 y, aun así, habría que esperar al actual *Musée de la civilisation de l'Europe et de la Méditerranée* para tener un espacio definitivo, eso sí, siempre salpicado por la polémica de tratarse de un proyecto más político que científico y social (Roigé, 2007). En cuanto al Museo del Hombre, el periodo bélico de la Segunda Guerra Mundial, los condicionamientos sociales y políticos de la postguerra, diferentes proyectos de reformas y la división de una parte de sus colecciones con motivo de las inauguraciones de otras instituciones similares (*Quai Branly, Musée de la civilisation de l'Europe et de la Méditerranée*, etc.), hicieron que su halo innovador, incluso la figura del propio Rivet, quedasen relegadas a una visión de gabinete donde se podía visitar la cultura material del ser humano, sin más.

En el año 2015, y tras seis años de reformas, el Museo del Hombre volvió a abrir sus puertas al público. La gran expectación para los profesionales era: ¿qué quedaría de aquel proyecto que consiguió romper con la tradición del museo-conservador?, ¿qué es lo que quedaría de un museo que explicaba la memoria del ser humano sin nacionalidades, sino con un plan museográfico basado en la interculturalidad?

“El hombre evoluciona, el Museo también (...)
Después de seis años de trabajo (...) el Museo del

Hombre ya está listo para hablar del hombre como nadie lo hizo. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?” (Bruno, 2015: 3)♦.



En el nuevo Museo del Hombre cada visitante se considera un “invitado a” descubrirse a sí mismo junto con los orígenes del propio ser humano; a comprender la evolución cultural marcada, en numerosos casos, por el entorno natural en el que habita; y, en el último apartado, a reflexionar sobre el estado actual en el que se encuentra, como individuo y como parte del conjunto de una sociedad global. Esas tres preguntas que distribuyen temáticamente las salas del museo y que invitan al visitante a interactuar son, en realidad, parte del proyecto primigenio de Rivet y de su equipo en los años treinta.

El nuevo museo no ha escatimado esfuerzos ni económicos ni creativos para plantear el discurso narrativo. Las zonas dedicadas a explicar las diferencias idiomáticas o a comprender la fisiología de nuestros antepasados en función de su pisada, por mencionar algunos ejemplos, son realmente increíbles, “provocativas” y atractivas para el conocimiento y el ocio (por qué no, también para el ocio). Pero si algo ha logrado el museo es conseguir que la interacción no sea con los innumerables medios interpretativos y museográficos de última generación (paneles, elementos interactivos, audiovisuales, etc.), sino

♦ Traducción propia del francés.

que se interactúe con uno mismo, que uno se sienta un eslabón más del pasado, el presente y el futuro de la evolución del ser humano.

Rivet vivió un momento histórico que le llevó, por su militancia social y política, a crear un proyecto abierto a una comprensión entre pueblos y naciones, a la lucha contra los totalitarismos y el fascismo, para reflejar los dramas de la segunda guerra mundial, de la Shoah y de los cataclismos nucleares de Hiroshima y Nagasaki, a erradicar el racismo y a reivindicar los valores humanistas. Un museo que pretendía ver más allá de las dificultades y los conflictos del momento, con espíritu crítico y constructivo y, ante todo, donde el ciudadano fuese el protagonista de esa reflexión y no solo el discurso científicista.

El nuevo Museo del Hombre ha intentado seguir esta misma línea argumental, convirtiéndose en algo más que una institución renovada tecnológica e interactivamente. Únicamente hay que darse una vuelta por su última exposición temporal: *Moi et les Autres*, un auténtico manifiesto a favor de la humanidad, de su riqueza y diversidad cultural, de sus problemas y necesidades del pasado y del presente. Si el patrimonio y los museos son el espejo en el que uno se mira para verse reflejado (Rivière, 1989), el Museo del Hombre, al menos con esta última exposición temporal, lo consigue. La entrada a dicha exposición es la escenificación de una sala de espera de embarque de un aeropuerto. Un no-lugar de la sobremodernidad de Marc Augé donde el público coincide, como en un aeropuerto, en un espacio en el que todos sufrimos, sin distinción, la misma variable: la espera. En esa espera podemos comenzar a leer, ver audiovisuales o interactuar con otros visitantes, hasta que decidimos (o somos llamados) para emprender el embarque por las diferentes puertas que se han instalado; y que aunque indican diferentes destinos, al final son el mismo: el camino de la raza humana, de la diferencia, del racismo, de la igualdad, de una vida que por mucho que intentemos dividirla y separarnos, al final corre conjunta en las marcas del ADN de cada individuo.

El discurso interpretativo nos lleva de sala en sala para poder ser partícipes de esas características de la condición humana y que a lo largo de la historia marcaron el miedo al Otro, la dominación y enfermedades sociales como el racismo. Una proyección de las escalas del racismo: del racismo hacia el inmigrante hasta el propio racismo entre miembros de una misma comunidad y clase social. Una sala dedicada a desmitificar los estereotipos de la xenofobia: delincuencia, enfermedades, gasto de las arcas públicas... mediante estudios cuantitativos. Otra sala en la que se puede rastrear el ADN personal y descubrir que, posiblemente, se esté emparentado con aquel(la) que nos

produce “rechazo”. Pero lo más “provocativo” son las cuantiosas preguntas que surgen de sala en sala: ¿qué nos lleva al racismo y a la xenofobia?, ¿cuáles son las diferencias reales entre los seres humanos?, ¿quién decide o inicia ese miedo al Otro?, ¿cómo es posible que se siga produciendo?, ¿cuál es el futuro y cómo ponerle fin? Quizás solo se saque una única respuesta: la solución está en cada individuo, en su voluntad, responsabilidad y condición humana.

Este es posible el mensaje que el Museo del Hombre de 2017 ha conseguido: ser un espacio comprometido y, como defendieron numerosos de sus profesionales, un museo militante..., con el ser humano.

Referencias

- Chiva, I. (1985): “Georges-Henri Rivière un demi-siècle d’ethnologie de la France”, en *Terrain*, nº 5, pp. 76-83.
- Chiva, I. (1987): “Le musée-laboratoire, service public de recherche”, en *Ethnologie française*, t. 17, nº 1, pp. 61-63.
- Laurière, C. (2008): “Paul Rivet: hombre político y fundador del Museo del Hombre”, en *Revista Colombiana de Antropología*, 44 (2), 481-507. [Consultado el 5 de Julio de 2017], http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252008000200008&lng=en&tlng=es.
- Mayrand, P. (2004): *Haute-Beauce. Psychosociologie d’un écomusée*, en *Cadernos de Sociomuseología*, nº 22, Lisboa: Centro de Estudos de Sociologia, Universidade Lusófona de Humanidades e Tecnologias.
- Rivière, G. H. (1989): *La Museología. Curso de Museología. Textos y testimonios*, Madrid: Akal.
- Roigé i Ventura, X. (2007): “Museos etnológicos: entre la crisis y la redefinición”, en *Quaderns-e de l’Institut Català d’Antropologia* nº. 9 [Consultado el 6 de Julio de 2017], <http://www.raco.cat/index.php/QuadernsICA/article/view/73519/131240>.
- Rosse, P. (1999): *Les Musées à la lumière de l’espace public. Histoire, evolution, enjeux*. L’Hamarttan, París.
- Roth, M. (1989): “Collectionner ou accumuler? A propos des musées ethnographiques et historiques régionaux en Allemagne et en France”, en *Terrain*, nº12 avril 1989, pp. 125-137.
- Varine-Bohan, H. de (2005): *Les racines du futur. Le patrimoine au service de development local*, Montreuil (Francia): ASDIC.